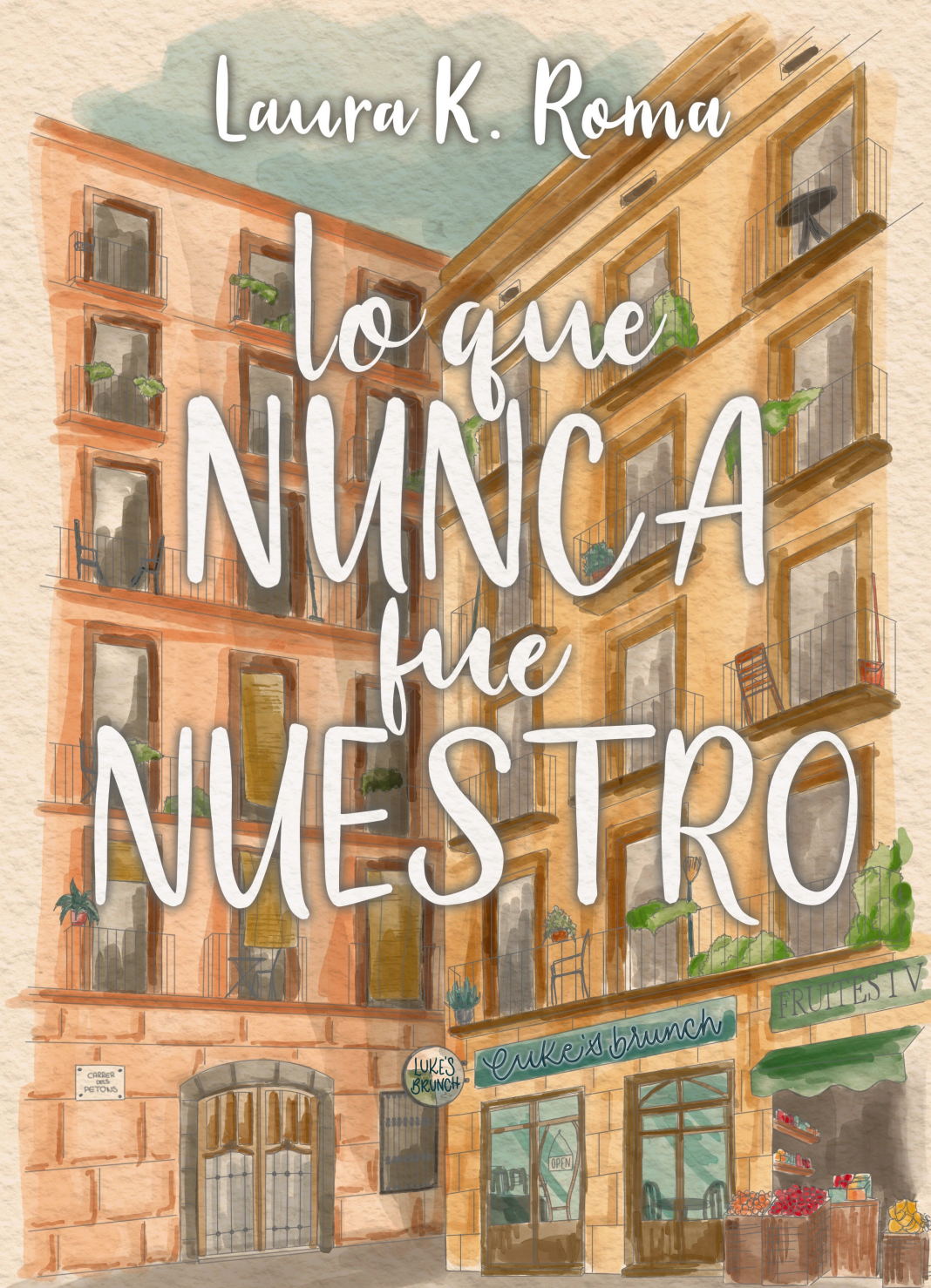


Laura K. Roma

lo que
NUNCA
fue
NUESTRO



Laura K. Roma

lo que
NUNCA
fue
NUESTRO

Primera edición: abril de 2026

Mapa de Paco Reyes

Ilustraciones interiores: 123RF (123vector; ylivdesign)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Laura K. Roma, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 979-13-87810-50-4

Depósito legal: M. 2.528-2026

Printed in Spain

*Para las que crecimos pensando
que podíamos con todo solas
y un día entendimos
que el dolor compartido pesa menos
y las alegrías brillan un poco más*

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

En *Lo que nunca fue nuestro* se hace gran hincapié en las distintas formas que los seres humanos tenemos de gestionar el duelo. Espero haberlo abordado con la sensibilidad que se merece.

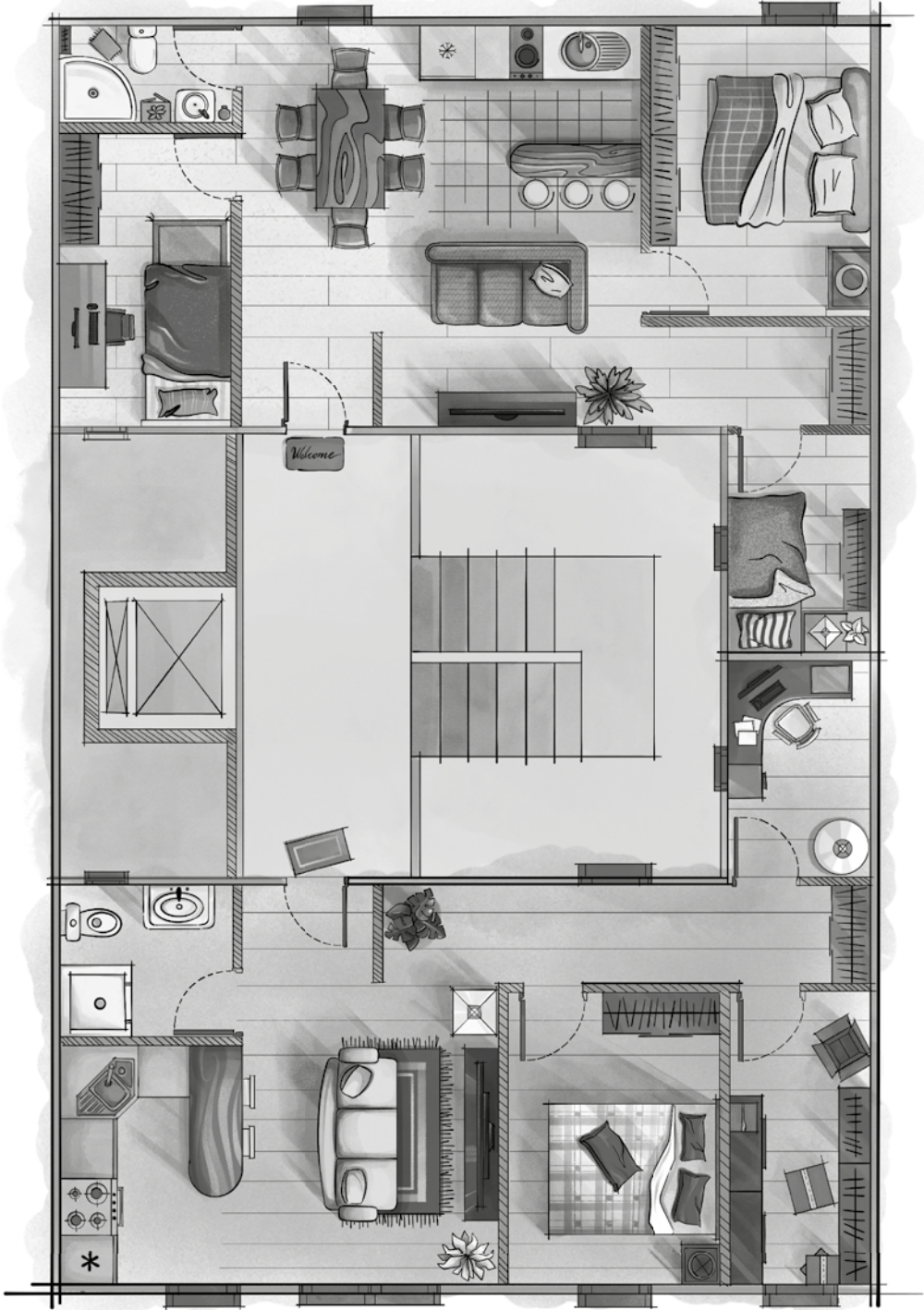
A lo largo de la novela encontraréis descripciones gráficas que podrían herir vuestra sensibilidad, como ataques de pánico, pensamientos intrusivos denigrantes, abandono emocional parental y estrés postraumático.

Además, los protagonistas son dos personas que están muy rotas y, en consecuencia, pierden las formas, se manipulan o se hacen luz de gas en ciertas escenas de la novela. Pero os prometo que estos comportamientos se sustituyen por otros mucho más sanos a medida que avanza la historia.

Esta novela tiene un poco de contexto sociopolítico actual que se narra, en su mayoría, desde el punto de vista de la protagonista. Sus circunstancias vitales la han llevado a una situación límite en la que vuelca su frustración y dolor (que al ini-

cio de la historia se manifiestan como un odio irracional) hacia el colectivo de migrantes ricos conocidos como *expats*. Por ello, durante parte de la novela, toma decisiones cuestionables o genera situaciones extremas que responden a su arco narrativo, pero que no reflejan mi postura sobre el tema.

Por favor, leed con cuidado.





Sábado, 7 de junio de 2025 a las 10:15

Tiene que ser una puta broma.

—¡Eh, vosotros! —grito—. ¿Qué os creéis que es esto, un jodido circo? ¡Fuera de aquí!

Sé que no me entienden, pero no hay idioma más universal que unos cuantos gritos mientras avanzas con los brazos en alto y cara de mala hostia.

Creedme, siempre funciona.

La señora me mira con el ceño fruncido, como si la que estuviese loca fuera yo y no ella por pedirle a su acompañante que le haga una foto junto a la pintada de «TOURIST GO HOME» que hay frente a mi portal.

Los odio.

A todos y cada uno de ellos.

No solo vienen a *mi* ciudad a hacer lo que les da la gana sin pudor ni consecuencias. No solo invaden nuestras calles, barrios y playas con sus calcetines hasta la pantorrilla, las sandalias Birkenstock y la piel más roja que una langosta. No, además, tienen que mofarse de nuestra precariedad y sufrimiento.

¿Es esto lo que sentía Katniss cuando veía a los ciudadanos del Capitolio emocionados por *Los juegos del hambre*?

La señora, que sostiene una gorra con el logo «I <3 BARCELONA» entre las manos, se aleja escopetada ante mis aspavientos. Pero con tan mala suerte que, al colocársela, se tropieza con un desnivel del suelo y no aterriza de boca contra los adoquines porque su acompañante la agarra.

Este último me mira como si fuese el demonio encarnado.

Ahora va a ser mi culpa que la tipeja, además de estúpida, sea torpe, ¡vamos!

—¿Qué miras? —replico de mala manera.

El acompañante niega con la cabeza mientras susurra «Fucking Spaniards» como si no fuese a entenderle.

Que no me dé la gana de hablarles en inglés en mi propio país no significa que no sepa lo que ha dicho. Así que, mientras se alejan, les grito:

—¡Turistas, a vuestra puta casa!

Porque es lo que deseo. A ver si se van todos de una vez y puedo recuperar el barrio en el que me crie.

Cuando me giro de nuevo, los otros guiris que esperaban para hacerse la foto se han alejado, pero me miran con la misma desaprobación que los primeros.

Molesta, chasqueo la lengua y me encamino hacia mi verdulería de confianza con la esperanza de que ver a Carme, la dueña y una de mis personas favoritas del mundo, me alivie el malestar que los turistas me han provocado.

La tienda se encuentra en la plaza colindante al edificio en el que vivo; es uno de los pocos negocios locales que quedan en el Born, y no por muchos años más. Sus hijos reniegan del trabajo y las varices que le recorren las piernas no le dan tregua.

Me trago el nudo en la garganta que me genera pensar en perder otro trozo más de nuestro hogar mientras esqui-

vo a los extranjeros que llenan el barrio a cualquier hora del día.

Si los turistas son un problema, los *expats* ya ni te cuento. Son migrantes ricos que vienen con un tipo de visado que les permite vivir en España durante seis meses, trabajando en remoto, y seguir cotizando en su país mientras disfrutan de nuestro clima y la comida. Un sueño, ¿no?

Más bien una puñetera pesadilla.

Por su culpa, pisos que antes se alquilaban para larga estancia ahora se han convertido en Airbnb o en apartamentos temporales cuyos precios suben a conveniencia, claro.

Y no solo afecta a la vivienda, sino también al negocio local y los precios de estos establecimientos. Las antiguas carnicerías, pescaderías y mercerías ahora son tiendas de fundas para el móvil o de *souvenirs*, vermuterías chic o...

No. No, no, no. No puede ser.

—¡Carme! —grito mientras corro los pocos metros que me separan de las frutas en exposición—. ¡Carme!

La pobre mujer sale de la trastienda con los ojos como platos. Hoy lleva una bata de flores que le llega a media pierna y el pelo, rubio y rizado, cardado como en los sesenta. Carme es bien coqueta y, aunque se pase el día en la verdulería, nunca sale de casa sin sus labios borgoña y las pestañas rizadas, que resaltan el verde de sus ojos cansados.

—*Nena, què passa?* —me pregunta en catalán al verme sofocada.

—¿Lo has visto? —grito, pasillo arriba, pasillo abajo, incapaz de detenerme.

—¿El qué?

—¡Mi local, Carme! ¿Has visto el cartel?

—*Filla, quin ensurt!* —Carme me atiza el antebrazo. «Susto el que me he llevado yo, joder», pienso—. Pensaba que te había pasado algo grave.

—¿Grave? ¡Carme, que te van a abrir un *brunch* al lado!

—Qué *branc* ni qué leches.

Se gira y camina despacio hacia el mostrador mientras yo espero a que avance un poco más antes de alcanzarla en un par de zancadas.

La mujer tiene muy mal carácter para lo pequeña que es, y si hay una cosa que sé con absoluta certeza es que da igual que yo le saque varias cabezas y sea más rápida: ella siempre tiene que ir por delante.

—*Brunch*, Carme, es una cafetería moderna donde sirven desayunos hasta la hora de comer y café por un ojo de la cara. En mi local. ¿Entiendes lo que significa eso?

Frena en seco y se vuelve a mirarme. Sus ojos denotan lo que ya reconozco como compasión, aunque su boca siempre me pone en mi sitio. Mano dura, a la antigua usanza.

Mi abuela no lo habría querido de otra forma.

A pesar de la punzada en el pecho que recibo al recordarla, me preparo mentalmente para el rapapolvo que Carme me va a soltar.

—Nena, el local ya tiene nuevos dueños y en él pueden hacer lo que quieran, te guste a ti o no.

Primera hostia.

El local de mis sueños ya nunca sería mío; ese que solía ser el viejo restaurante de Pepe y que servía los mejores arroces y paellas de la ciudad. Ese adonde iba todos los domingos con mi familia cuando la vida aún era sencilla y la inocencia de la niñez no me había hecho abrir los ojos todavía.

Cuando Pepe se jubiló, sus hijas querían alquilarlo. Carme me lo contó y yo intenté negociar con ellas, a pesar de que

no era el momento indicado para mí: por fin había conseguido reunir el dinero suficiente para cubrir el precio completo del grado de Hostelería y Alta Cocina de la mejor escuela culinaria de Europa a la que llevaba tanto tiempo queriendo asistir. Alquilar el local habría supuesto renunciar a aquello por lo que me había pasado cuatro años trabajando sin apenas descanso en restaurantes de comida rápida, con turnos interminables y centenares de horas extra. Y, aun así, me lo planteé.

En el fondo sabía que era una idea estúpida, que aferrarme a él por puro sentimentalismo sin tener la formación necesaria para cumplir mi verdadero sueño sería un error. Así que decidí ser responsable y matricularme en el grado.

Poco después descubrí que unos extranjeros hicieron una oferta de compra y Pepe la aceptó sin miramientos. Al final, permitirme fantasear con la idea de alquilar la vieja arrocería no fue más que una pérdida de tiempo. Sin embargo, darme cuenta de que no podía mantener vivo el recuerdo de mi infancia no eliminaba el enfado que sentía por no haberlo logrado.

—Y, además, a mí qué más me da si me ponen un *blans* de esos al lado. ¡Mejor! Así, lo mismo, tengo más clientela.

—*Brunch* —la corrijo de nuevo—. ¿Y cómo los vas a atender si no hablan una puta palabra de español?

Carme me atiza de nuevo, esta vez en el hombro.

—Nena, ¡esa boca! Además, con gestos y por dinero todos nos entendemos.

Entonces, se agacha bajo el mostrador, de donde saca la bolsa de rafia que le dejé anoche, ahora llena con el pedido que suelo hacerle los fines de semana. Mis básicos siempre son los mismos: un par de calabacines, pimientos rojos, berenjenas y un poco de fruta que escojo según la tempo-

rada. Aunque, dependiendo de lo que haya planeado para las cenas de esa semana, le compro más o menos ingredientes.

Inclino la cabeza hacia la bolsa e inspiro con los ojos cerrados. La fragancia dulce y fresca proveniente de esta hace las veces de bálsamo en mi interior, diluyendo, con cada respiración, un trocito del malestar que ver a los turistas mofándose de nuestras desgracias me ha provocado.

Con la mano libre, dejo caer el bolso en el mostrador y busco el monedero en el caos que siempre llevo colgado bajo el brazo. Cuando por fin lo encuentro y le tiendo los veinte euros, Carme me agarra la mano entera.

—Ya sé que el local significaba mucho para ti, pero encontrarás otro. Acaba, trabaja una temporada en uno de esos sitios de *michelines* de los que tanto hablas y luego ya se verá. Además, no todo es malo, *filla*. Ya puedes ir pensando en la comilona a la que me vas a invitar cuando te instales en tu nuevo piso.

—No sé, Carme...

—*Déu dirà i proveirà*. Todo va a ir bien, ya verás. —Tras un par de palmadas en la mano que aún me agarra, Carme abandona el mostrador y me empuja hacia la salida con una sonrisa juguetona en los labios—. Venga, arreando, que me espartas a la clientela.

Aunque me quejo del pellizco que me pega en el culo, en el fondo no sé qué haría sin ella. Mi abuela se fue hace unos años, pero al menos me dejó a su amiga del alma.

Cuando salgo, mis ojos vuelven a encontrarse con el cartel «LUKE'S BRUNCH», rotulado con letras de neón sobre lo que parece la silueta de un acantilado junto al mar. Y esa sensación pegajosa y sofocante contra el esternón vuelve a apoderarse de mí.

Una que me recuerda que da igual lo mucho que quiera aferrarme a lo que un día fue porque todo cambia muchísimo más rápido de lo que yo soy capaz de procesar.

Yo en Dios no sé si creo, pero espero que el universo escuche a Carme porque no puedo más.